

! PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS, SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,  
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO !

# ALAYMA

Nueva serie  
FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO  
Núcleo M

2º Trimestre 1975

Boletín nº 29

## TAREA URGENTE

### LA AGRUPACION DE LOS REVOLUCIONARIOS

El régimen franquista boquea y boquea interminablemente. ¿Cuanto tiempo va a durar la agonía? No años ya, por mucho que se estire. Incluso sus defensores incondicionales de ayer dan por cierta su desaparición. Les preocupa y les ocupa, ante todo, buscarle una salida indolora, sin sacudida social, y que después evite la irrupción combativa de las masas trabajadoras. Arias Navarro hablaba no hace mucho de descargar del peso gubernamental "los nobles hombros de Franco". El papá del reyezuelo designado pedía abiertamente un cambio "democrático". Muy recientemente, un íntimo del dictador, Antonio Garrigues, hacía el elogio de la "estatura histórica" del mismo, pero proponía su substitución en el ABC. Anteriormente, ese mismo órgano de los antiguos cavernícolas nacionales hablaba de tenerlsto un gobierno transitorio de "reconciliación nacional". Representantes del ejército, de la iglesia con su Opus Dei y de la burguesía nacional (eco de la internacional), se manifiestan de una forma u otra en igual sentido. Hasta entre los falanjistas, irrisión máxima, ha sugido una organización "social-demócrata".

Eso por lo que respecta a las criaturas del régimen, a los vencedores de 1939, "cruzados" y alquilones de los cruzados. Pero los otros, los partidos clandestinos desde entonces, ¿en qué tesitura están? En la misma, con variantes sin transcendencia, por lo que respecta al antiguo Partido socialista, y sobre todo al de aparato más fuerte, el Partidos stalinista. Cualquiera de sus ramales (Carrillo, Lister o pro-chino) continua llamándose comunista, pero su política está meticulosamente orientada al capitalismo estatal. De hecho, fueron esos partidos quienes, todavía en plena guerra civil, ofrecieron al bando franquista la "reconciliación nacional" y la paz. Desde hace más de 20 años vienen reiterándole el ofrecimiento, con premura proporcional a la rebeldía del proletariado. La fórmula misma de "gobierno de reconciliación nacional" está a menu-

do en boca de Carrillo y congéneres. Los hombres de su aparato preparan doquiera estén la tal reconciliación. Y lo hacen por múltiples medios, desde sus Comisiones "obreras", hasta sus comités de enlace públicos y secretos con toda suerte de jerarcas franco-falanjistas, militares y clericales, todos tan "civilizados" cuanto el propio Carrillo.

Porque el ofrecimiento ha sido al fin aceptado, siendo ya su aplicación sólo cuestión de oportunidad y modalidades. Hace años que en la práctica franquistas y anti-franquistas marchan patrióticamente codo con codo. La cosa no admite treinta interpretaciones, ni tan siquiera dos. Ellos están ya reconciliados, y su maridaje no tardará en adquirir forma política gubernativa, de cualquier manera más o menos parecida a la de Portugal. De lo que en verdad se trata ahora para ellos es de imponer la tal reconciliación a quienes no pueden aceptarla sin renunciar a sacudirse su oprimente dependencia económico-política, sin renunciar a la revolución comunista. Esa operación infunde miedo a sus patrocinadores. Saben que podrá ser sufrida, como la clase trabajadora ha sufrido al franquismo, pero jamás aceptada de grado. Ni siquiera están seguros de que en el instante mismo del cambio los trabajadores no se echen a la calle "a por el todo". Eso los retiene y retrasa el momento de la caída del régimen. En España no habrá claveles para saludar al ejército.

Los reconciliados reconciliadores gobernarán con el aparato estatal de Franco Bahamonde, basados en la estructura social que lo engendró y que Franco mismo ha afirmado; con su guardia civil y su policía acometerán la tarea de reconciliar al proletariado con su condición de clase explotada y manipulada por el gobierno de "reconciliación". Todo lo más, concederán a los obreros el derecho de opinar sobre cómo ser explotados, y aún eso, a través de sindicatos "libres" que acapararán y falsificarán las decisiones de la clase, cual sus semejantes hacen, desde Moscú hasta Londres y Washington.

Y esa clase trabajadora que tantas y tan tenaces luchas huelguísticas y callejeras ha sostenido a despecho del terror franquista, a cuyo combate ininterrumpido durante más de diez años se debe en verdad la descomposición del régimen, ¿va a aceptar pasivamente la trastada de la reconciliación? Ciertamente que no, pero la resistencia espontánea que no dejará de oponer —incipiente ya en las luchas actuales— amenaza verse quebrada y vencida por la combinación de embustes propagandísticos, mistificación, represión y negociación que pondrán en juego los futuros gobernantes post-franquistas. ¿No están actuando desde ahora como representantes del orden capitalista en numerosas huelgas?

La ruptura entre el proletariado y los reconciliadores está bien delineada en la situación actual. Más a despecho de ello, de la combatividad asombrosa desplegada en casi todas las regiones, y aún a despecho de la experiencia —mal conocida— de 1931-39, que por sí sola bastaría para abrirle el camino de la revolución, la clase obrera ofrece flancos débiles, tanto a la actual como a la futura política de sus enemigos. Origen y resumen de esas debilidades, no hay que decirlo, es su carencia de organización susceptible de hacer deliberadamente frente a los sucesores de Franco, por muy democráticos que se tilden. Apenas instalados en el poder, lo utilizarán contra las masas trabajadoras y en primer lugar contra los hombres más decididos y revolucionarios. La represión continuará, más selectivamente que ahora. Recurrirán a lo peor a fin de impedir que la voz de los revolucionarios llegue a los explotados, y poder disponer ellos de manos y de policía libres para meterlos en cintura.

Ahora bien, existen en España numerosos militantes y grupos clasistas, en general revolucionarios, que orgánicamente unidos representarían una fuerza suficiente para hacerse oír del conjunto de la clase, contrarrestar la acción nefasta de los reconciliadores y dar chasco a sus reaccionarios propósitos. La dificultad para dichos grupos y militantes, reside en encontrar una sólida concordancia de principios, la coherencia teórica sin la cual no existirá jamás revolución triunfante. Es urgente ponernos a trabajar en tal sentido.

Y al carajo las reticencias y particularismos de grupo, producto del período anterior de derrotas obreras, y en suma prueba de insuficiencia teórica. Todo el esfuerzo debe centrarse en los grandes problemas de la revolución, pasado, presente y futuro en uno. O conseguimos esa concordancia, o el futuro gobierno "anti-franquista" tendrá latitud de reducir o suprimir nuestras actividades, de atacarnos hallándonos nosotros en orden disperso, y de imponer en todas partes su decir y su hacer.

El peligro es tanto mayor cuanto que el capitalismo español está —y se sabe— virtualmente derrotado desde Julio de 1936. El respiro del régimen franquista se lo procuraron los partidos del Frente Popular que destruyeron la revolución, los mismísimos que ahora se ofrecen para repetir la inmunda faena. Entre ellos llevó la batuta de la contrarrevolución el partido stalinista. Pero también él está virtualmente vencido desde la sublevación de Mayo de 1937 en Cataluña. Hay que transformar esa virtualidad en hecho material. La contienda, revolución, no podrá perderla esta vez el proletariado, sino por inconsistencia nuestra, de los revolucionarios.

Tienen la palabra los grupos y militantes revolucionarios en general. Nosotros, hemos dicho.

## EL CONTUBERNIO STALINO-FALANJISTA

### EN NIVEL SINDICAL

En el número 2 de Teoría y Lucha, publicación obrera en España correspondiente al año pasado, son recordadas las palabras de Thorez durante la ocupación de fábricas en la Francia de 1936: "Hay que saber terminar una huelga". Mero ejemplo puesto en relación con las actuales luchas del proletariado español:

"Las contradicciones internas del capitalismo español, unidas a las contradicciones del sistema capitalista internacional, parecen presagiar importantes años para el movimiento revolucionario, especialmente para algunos países, entre los que se encuentra España. Por eso era de esperar que pronto surgiera quien nos dijese, como Thorez desde su supuesta "izquierda", que hay que saber terminar una huelga".

"No hubo que esperar mucho; ya tenemos a muchos Thorez entre nosotros. La reciente huelga del bajo Llobregat lo ha demostrado. Esta nueva huelga debe ser saludada por todos los revolucionarios como un avance en la lucha obrera, sí. Pero también debemos señalar sus puntos oscuros, que son muchos: parece ser que la tal huelga fue una concesión de la Organización Sindical (la falanjista. Paréntesis de Alarma) a determinadas "vanguardias" burocráticas, y a un sector derechista del movimiento obrero, en unas negociaciones llevadas a espaldas del Movimiento Obrero real. Por eso la huelga ha sido decretada, cumplida y acabada en el más perfecto orden, obedeciendo a claras consignas, aprovechando para una estéril manifestación de fuerza la actitud de miles de trabajadores conscientes de la necesidad de la lucha. Y a la hora de iniciar la "exhibición" se ha visto muy claramente los Thorez que hay entre nosotros: unos se llaman a sí mismos "comunistas" y pertenecen a una "vanguardia" concreta (la más burocrática de todas). Los otros, ¡asombrense, compañeros!, no eran sino los mismos fascistas de siempre y una serie de chaqueteros, gente que ante la inminencia de un cambio político en el que la clase obrera va a jugar un papel determinante, se están ya "apuntando" para seguir chupando del bote, esta vez con otra bandera".

"ATENCIÓN A ESTOS MANIOBREROS; ¡Compañeros!, SE ESTÁN PREPARANDO DESDE AHORA PARA AYUDAR AL CAPITALISMO ESPAÑOL A QUE TODO CAMBIE PARA QUE TODO SIGA IGUAL". ¡HAGAMOSLES PROBAR EL SABOR DE LA VERDADERA COMBATIVIDAD OBRERA!".

El grupo que escribe lo anterior es el mismo de la "Carta abierta a los obreros de la SEAT" fragmentariamente publicada en nuestro último número. Su posición respecto a los sindicatos es inequívoca. Hace campaña contra la participación a la elección de delegados en la central falanjista y contra todo sindicato futuro, considerándolo condición de la futura acción revolucionaria de la clase. Consecuentes, a quienes pretenden servirse de cualquier legalidad sindical, les dicen: "Hablan de aprovechar los resquicios de la legalidad o de combinar lo legal con lo ilegal. Pero no quieren ver que con ello están vendiendo las posibilidades de victoria de los trabajadores en lucha". "Estemos pues en guardia contra aquellos que proponen luchar por medio de acciones que en otras empresas se han mostrado perjudiciales a nuestros intereses de clase".

La actitud revolucionaria frente a los sindicatos, cunde. En prueba de ello, he aquí una hoja distribuida en España, a partir del mes de abril, en los lugares de trabajo mismos:

## A B A J O L O S S I N D I C A T O S

### COMPAÑEROS:

Al final se han decidido. Las elecciones sindicales se celebrarán en el mes de mayo. Con las elecciones se nos plantea un importante problema a los trabajadores. Una vez más, hemos de decidir qué postura adoptamos ante la C.N.S. en particular, y ante los sindicatos en general.

Recibiremos miles de octavillas llamándonos a votar; unas vendrán firmadas por COMISIONES OBRERAS, otras por la propia C.N.S.; la radio la prensa, la tele, el gobierno, nos machacarán de propaganda para que votemos "AL MEJOR".

En estas elecciones van a coincidir curiosamente todos los políticos del régimen con los de los partidos clandestinos y las CC.OO. Todos intentarán convencernos para que votemos al mejor compañero. Unos argumentarán que nuestros intereses sólo se pueden defender si tenemos unos representantes legales que negocien con la empresa. Otros dirán que hay que intentar copar todos los cargos electivos, para evitar que salgan elegidos jurados y enlaces fascistas, a la vez que dicen; así convertiremos la C.N.S. en un sindicato obrero.

Sin embargo, el problema para nosotros pasa por un camino distinto; para nosotros el problema no consiste en qué jurados defenderán mejor nuestros intereses, ni en qué sindicato (si obrero o fascista) estaremos mejor representados. Para nosotros el problema consiste en saber qué significado tiene el elegir unos representantes durante cuatro u ocho años, que decidirán por nosotros durante ese tiempo, sin posibilidad por nuestra parte de controlarlos ni de obligarles a actuar como nosotros queremos, así como tampoco podemos hacerles dimitir.

Para nosotros, nadie, absolutamente nadie puede representar a los trabajadores para negociar ante la empresa, sino que es sólo el conjunto de los trabajadores reunidos en ASAMBLEA quien debe decidir en todo momento qué postura adoptar frente a la empresa. Esta ASAMBLEA elegirá unos representantes sin poder de decisión, que comunicarán a la empresa la voluntad de los trabajadores, y a éstos las propuestas de la empresa, sin poder decidir en ningún momento por su cuenta nada sin que la ASAMBLEA lo haya decidido previamente. TODO EL PODER DE DECISION A LAS ASAMBLEAS.

En todos los países, sean capitalistas o los llamados "socialistas", existen sindicatos, y también en todos los países existen obreros explotados, sin que los sindicatos sean capaces de solucionarles el problema. La prueba es que allí donde existen sindicatos "libres", cada vez hay más huergas al margen de

ellos y contra ellos.

Sólo el conjunto de los trabajadores en ASAMBLEA, UNIDOS, podemos luchar de forma eficaz para defender nuestros auténticos intereses, por abolir este trabajo por el que nos dan un trozo de pan y algunas chucherías más, por la construcción de una sociedad en la que no exista explotación ni opresión, donde exista una democracia directa, es decir, basada en la toma de decisiones entre todos.

B O I C O T   B O I C O T   B O I C O T   B O I C O T

EL SINDICATO ES NUESTRO VERDUGO, NO VOTAR

En otra hoja destinada también a combatir la participación en las elecciones convocadas por el gobierno y los sindicatos en general, firmada esta por "Unos trabajadores de Pueblo Nuevo", se declara:

"CON EL SINDICATO EL CAPITALISMO CONSIGUE QUE LOS TRABAJADORES NOS LIMITEMOS A LUCHAR Y NEGOCIAR CON LA PATRONAL PARA CONSEGUIR MAYORES SALARIOS Y MEJORES CONDICIONES DE VIDA, A CAMBIO DE NO ATENTAR CONTRA EL SISTEMA MISMO DE DOMINACION DEL CAPITAL

"Con el sindicato el capitalismo consigue impedir otras formas de organización de la lucha obrera, que podrían convertirse en los pilares revolucionarios de una nueva sociedad. Sustituyendo a la asociación comunitaria de los trabajadores en sus luchas, impone un sistema de representantes que reproduce en la lucha obrera el funcionamiento jerárquico y burocrático del Estado y el sistema de vida capitalista. Con ello consigue alejar a los representantes sindicales de los trabajadores que los eligen. Basta pensar en el interés que el Sindicato ha tenido durante las últimas luchas de SEAT, HISPANO-OLIVETI, LAVIS, entre otras, en no admitir la dimisión de los jurados de empresa, en negarse a aceptar como válidos a los representantes que elegían las asambleas de talleres, para darse cuenta de lo que pretende el funcionamiento de un sindicato".

"No podemos perder de vista que lo que necesitamos la clase obrera es acabar con el salario y no sólo con los salarios bajos (que ya es mucho) acabar con la relación capitalistas-asalariados, acabar con el sistema capitalista que hace de nosotros una mercancía útil para el trabajo. Nuestro empeño es la destrucción del modo de vida capitalista y la construcción de una sociedad libre.

"ORGANIZACIONES DE EMPRESA Y BARRIOS, ASAMBLEAS, COMISIONES ELEGIDAS, COMITES DE HUELGA, LUCHA EN LA CALLE... SON FORMAS DE LUCHA Y DE ORGANIZACION QUE ATENTAN DIRECTAMENTE CONTRA EL PODER DE LOS CAPITALISTAS Y QUE DURANTE LOS ÚLTIMO AÑOS HEMOS DESARROLLADO LA CLASE OBRERA EN ESPAÑA. LA PROPUESTA DE ELECCIONES SINDICALES TIENE POR OBJETO IMPEDIR ESTE CAMBIO Y CONTROLAR A LA CLASE OBRERA".

Unos trabajadores de Pueblo Nuevo  
Barcelona, abril 1975

~ ~ ~ ~ ~

Para toda relación con nosotros:

Mlle. Nicole Espagnol  
125, rue Caulaincourt  
75018 Paris

## ENTRE DOS ANIVERSARIOS

14 abril 1931 + 19 julio 1936

Hoy que está preparándose en todos los coventículos y mentideros políticos "la sucesión de Franco", sin contar para nada con las contradicciones y exigencias históricas de la sociedad mundial, ni tan siquiera con la historia inmediata del proletariado español, es pertinente recordar el período que va desde la proclamación de la república, hasta la insurrección obrera contra la cuartelada franquista. La nueva generación, que en general ignora aquellos sucesos salvo falsificados por Franco y también por aquellos que le dieron la victoria, descubrirá en su significación los factores ideológicos y la inspiración orgánica requeridos para llevar esta vez la lucha hasta su culminación.

A primera vista, el 14 de abril de 1931 fué un simple éxito electoral de los republicanos frente a los monárquicos. Alfonso XIII, que poco antes habíase visto forzado a poner fin a 7 años de dictadura del general Primo de Rivera (padre del fascista de igual nombre), hubo de consentir también elecciones municipales. Las había exigido toda la oposición a la monarquía, como condición de veracidad de futuras elecciones a Asamblea Constituyente. Tactica en sí atinada, pues los municipios<sup>de</sup> impuestos por Madrid desde 1923, podían influenciar y desnaturalizar la votación a diputados. Todas las esperanzas fueron rebasadas. Aun antes de terminar el escrutinio en todo el país, la muerte de la monarquía era evidente. Al reyezuelo responsable de numerosos latrocinios y crímenes, el gobierno provisional republicano-socialista le puso galante mente puente de plata y la República fué proclamada en medio de un júbilo verbenero preñado de promesas. La aparente insignificancia del hecho ocultaba la apertura de un grandioso proceso revolucionario.

Los admiradores del parlamentarismo burgués no tardaron en ponerse a ensalzar el acontecimiento como "una admirable muestra de civismo en medio de la ley y del orden". Era un "ejemplo de España al mundo, una revolución incruenta" y otras h'oquedades. En realidad España seguía siendo, incluso en lo político, más atrasada que las monarquías constitucionales de Occidente, pues la República no llevó consigo el menor cambio de estructuras en ese dominio, ni en el económico. El país entero esperaba, sí, transformaciones profundas, y contaba obtenerlas de la República, pero enseguida la Asamblea constituyente fué cercenando sus esperanzas, lo que introdujo un cambio radical: la idea de revolución social se habría camino en las conciencias y no tardaría en verse que la república se negaba a satisfacerla.

La victoria electoral sobre la monarquía había sido, de hecho, obra de las masas trabajadoras, cuya unanimidad anti-monárquica forzó el voto de la pequeña burguesía. Los republicanos aparecían en primer plano de la actividad política, pero sólo porque socialistas y anarcosindicalistas, las dos organizaciones más influyentes entre los trabajadores, decidieron, la una achicarse ante los republicanos, la otra votar sus candidatos sin presentarse ella a la campaña electoral. Ahora bien, los diversos partidos republicanos sólo representaban una pequeña parte de la población, con exclusión casi absoluta de población obrera. El gobierno republicano fué una imagen de la coalición así constituida. La jefatura gubernamental fué abandonada a Alcalá Zamora, terrateniente, varias veces ministro de la monarquía, para como beato, a quien meses después los socialistas decidieron sentar en la Presidencia de la República.

Las bases orgánicas de la monarquía continuaron intocadas: ejército, el de la monarquía, policía y Guardia Civil, las de la monarquía, magistratura y leyes, igual, clero subvencionado como bajo la monarquía. Y pronto el gobierno republicano-socialista echaría mano de la censura de prensa, la supresión de publicaciones y la clausura de locales obreros.

En cuanto a las bases económicas, la estructura social propiamente dicha, republicanos y socialistas habían prometido modificarla sólo en un aspecto, el agrario. Su aspiración, contrariamente a las ilusiones que las masas se habían hecho sobre ellos, consistía en favorecer el desenvolvimiento capitalista, y creían conseguirlo también en el campo incorporando los latifundios, repartidos entre numerosos y nuevos propietarios burgueses, al moderno cultivo capitalista. No comprendían que latifundistas y gran burguesía constituían, no dos clases, sino una sólo cuyos intereses estaban enlazados de mil maneras. El capital cuyo auge les preocupaba, no les consentiría modificar la propiedad latifundiaría sino en la medida en que fuese para él un negocio. Por ende, lo que salió de las Cortes constituyentes como Ley de Reforma Agraria era una befa para todos los pobres del campo, sin hablar aquí de la no validez revolucionaria de semejante medida, aun siendo efectiva.

La lucha viva iba a demostrar, cuando los trabajadores en general tuvieron las armas y el poder en escala local si no nacional, es decir, en 1936, que la única solución revolucionaria a tal problema no era la parcelación de la tierra en pequeña propiedad burguesa, sino su socialización. En suma, el problema del campo era idéntico al problema industrial. Precisábase acabar con el capitalismo, y todo otro intento de desarrollo, logrado o fracasado, era ya empresa reaccionaria.

De ahí que entre el gobierno republicano socialista y el proletariado, el industrial y el agrícola indistintamente, campesinos pobres comprendidos, se estableciese enseguida una relación de lucha. No es necesario hacer aquí inventario de los numerosos casos en que policía, guardia civil y ejército dispararon contra los trabajadores, encarcelaron a revolucionarios y los asesinaron algunas veces aplicándoles la criminal "ley de fugas" de los peores tiempos monárquicos. Lo que importa destacar como distintivo del primer período de la República, es el choque general entre los deseos y necesidades revolucionarias de las masas, siquiera confusamente percibidas, y las intenciones nada revolucionarias del gobierno, muy netas éstas. La República que éste imponía y la república a que aspiraban las masas eran radicalmente contrapuestas.

Dos años después del 14 de abril, la mayoría abrumadora de los trabajadores tenía la convicción, a su costa adquirida, de que el nuevo gobierno no era el suyo. Siempre al abrirse un período revolucionario, la ignorancia y la inexperiencia policíacas induce las masas a creer en hombres y organizaciones de palabreo democrático o que han dejado de ser revolucionarios mucho tiempo antes. Ello hace imposible el triunfo de los oprimidos sin un desplazamiento a izquierda de sus simpatías y filiación, hacia partidos minoritarios al principio de la crisis, pero en verdad revolucionarios. En el momento actual aun más que en el período anterior, los revolucionarios no pueden ser sino una organización pequeña, hasta vísperas mismo de la revolución. Se comprende, porque en el instante mismo en que un partido revolucionario se convierte en el partido del proletariado, el triunfo de éste sobre el capitalismo está asegurado, a menos que el capitalismo lo reduzca otra vez a minoría, terror mediante. A la inversa, ningún partido de masas puede existir hoy con cierta permanencia dentro de la sociedad capitalista, sin ser en realidad, de una forma u otra, parte integrante de ella. A falta de canales orgánicos nuevos que consientan el desplazamiento, resultará imposible pasar a la etapa suprema de la lucha. Entonces se produce invariablemente un crecimiento y una ofensiva de las tendencias reaccionarias viejas y nuevas.

No otro fué el resultado de dos años de gobierno republicano-socialista. Desde mediados de 1933, la ofensiva pertenecía a la reacción burguesa clerical y militarista, a cuya cabeza figuraba Gil Robles. Ese hombre que al barruntarse hoy una nueva acometida revolucionaria toma la iniciativa frailuna llamada "democracia" cristiana, es el mismo que entonces se hacía llamar "El FEFE", -- "caudillo" antes que Franco-- e iba a tomar consejo a Berlín. El y los suyos no han cambiado, sino apenas de procedimientos de protección del capitalismo. Pero

el hecho de que ahora colaboren con él tantos hombres y organismos de la emigración y de la clandestinidad, da bien la medida de la evolución reaccionaria del mundo desde el decenio 30 hasta ahora.

En 1933, el proletariado español tenía una experiencia positiva. No estaba, ni mucho menos, vencido, sino apático sólo, carente de cohesión ideológica siquiera mediocre, y por ende sólo momentáneamente desmoralizado. Su descorazonamiento era de la república democrático-burguesa, no de la entrevista por él, cuya necesidad, por el contrario, había evidenciado la experiencia. Apenas columbró la posibilidad de luchar por ésta última, o sea, por la república anti-capitalista, un sobresalto de entusiasmo lo puso de nuevo en disposición de combate. Y el gobierno derechista instalado en noviembre de 1933 halló en frente una clase trabajadora alerta y con objetivos superiores. El triunfo de la revolución social parecía a muchos tan cierto como cercano.

Ese habría sido ciertamente el caso, si el desplazamiento a izquierda de las masas no hubiese adolecido de grave defecto original. El centro propulso de la nueva lucha era un "alaizquierda" del Partido socialista. Determinadas circunstancias políticas nacionales e internacionales, resumidas en la amenaza de supresión del sistema parlamentario, forzaron ese ala a pronunciarse en favor de una revolución proletaria que en realidad no se proponía hacer, ni sabía cómo hacer, tan de antiguo estaba adaptada su organización y la mente de sus principales portavoces, a la sociedad burguesa. Presentándose como dirección revolucionaria, la izquierda socialista arrastró a las masas, y en lo inmediato cortó su evolución posible hacia otro centro orgánico apto y realmente interesado en la toma del poder y de la economía por el proletariado. Por consecuencia, la nueva ofensiva, enderezada en teoría, y para el proletariado en la práctica, a la supresión del sistema capitalista, democrático o no, se parecería pronto a una locomotora eléctrica lanzada adelante por vía montañosa, a la cual el maquinista cortase la electricidad cada vez que se acercaba a la cumbre.

Hubo sí, magníficos movimientos huelguísticos, reivindicativos, netamente políticos o de solidaridad con huelguistas de determinadas ciudades, pero una huelga general de trabajadores del campo fué declinada indeseable y boicoteada por la izquierda socialista (no digamos por la derecha) lo que dejó fuera de combate a la mayoría del proletariado agrícola. Se constituyeron también organismos de unidad de acción o Alianzas Obreras, entre los socialistas y otras organizaciones situadas muy a su izquierda: Partido sindicalista, Federación Tabacquera e Izquierda Comunista, pero quedaron reducidos a comités de enlace que Partido socialista y UGT paralizaban a voluntad, gracias a su peso orgánico mayoritario. La anunciada toma del poder por el proletariado requería la creación de organismos adecuados de representación, necesitándose por lo tanto que el proletariado eligiese y destituyese cuando le conviniese sus delegados en las Alianzas Obreras. Pero a los socialistas tal idea les aterraba, no sólo porque podían perder la mayoría en las Alianzas, sino porque al llegar el momento insurreccional no estarían ellos en condiciones de reducirlo a mera algarada.

El momento insurreccional, un partido revolucionario no lo deduce de manejos políticos en las alturas capitalistas, ni de plan alguno conspirativo. En el achtecimiento ha de irrumpir en lucha armada la masa de la población explotada, y por consecuencia su oportunidad la señala la mayor disposición combativa de esa misma masa, simultánea a un debilitamiento acentuado del poder enemigo. El momento insurreccional es, salvo como decisión a tomar (y aun eso no siempre) independiente de la dirección revolucionaria, que por el contrario desempeña papel decisivo en las luchas anteriores que han de propiciar la aparición de aquel.

A la inversa, la izquierda socialista hacía creer en una misteriosa conjuración suya, al mismo tiempo que supeditaba el momento insurreccional --cfeyendo sin duda prevenirlo así-- a la entrada en el Gobierno de ministros de Gil Robles. Los ministros en cuestión fueron incorporados al gobierno, y las masas,

fiadas en la palabra de la izquierda socialista, se echaron a la calle. Pero en el instante mismo, la dirección de la izquierda socialista les cortó la energía dando la consigna de "huelga general pacífica". Y no hubo insurrección sino allí donde los trabajadores disponían por su cuenta de dinamita y de algunas armas, en Asturias y en algunos lugares de Cataluña donde los anarquistas la tomaron a su cargo. Octubre de 1934 demostró, una vez más, que una organización reformista es incompatible con la insurrección proletaria, por mucho que se jacte de prepararla.

Perdida esa batalla, padeciendo una represión tremenda (30.000 presos políticos quedaban a principios de 1936) los trabajadores españoles habían adquirido, sin embargo, una nueva experiencia de superior valor político, cuya trascendencia se vería a partir del 19 de Julio de 1936. Lejos de seguir identificando sus aspiraciones confusamente con la república en general, sin determinación de clase, desde 1934 aparece como Norte deliberado en las conciencias, la república proletaria, el fin del capitalismo. Esa meta estaba en las exigencias históricas del proletariado mundial, del cual el español constituía uno de sus sectores más activos, no habiendo aparecido oscurecida antes, sino por las gafas aumadas del parlamentarismo socialista, que el borroso apoliticismo ácrata era inapto a arrancar. El miedo a la supresión de la democracia burguesa debido al triunfo del fascismo, reciente en Alemania y Austria, amenazante en Francia, Bélgica y España, instalado desde hacía años en Italia, suscitó entre ciertos reformistas de todos los países un estremecimiento radicalizante meramente defensivo, sin relación profunda con las ideas revolucionarias. Pero en España sobretodo, las masas aprendieron, al precio de una fuerte sangría, es verdad, que debían y podían dar cuenta de la explotación y de la opresión capitalistas. La universidad revolucionaria de los explotados es la lucha.

El espíritu revolucionario caló tan hondo en las masas obreras de la ciudad y del campo, que a despecho de los soporíferos que los fueron prodigados su explosión siguiente iba a desvencijar por completo el capitalismo.

La represión del gobierno Leroux-Gil Robles no impidió que la insurrección, aún limitada a Asturias y a algunos otros puntos, ejerciese poderosa fascinación en todo el país y se convirtiese en fermento de un nuevo ataque revolucionario. El desplazamiento a izquierda de las masa había sido tan solo retenido por la derrota de Octubre, pero continuaba tan presto a manifestarse, que él impidió que el poder cayese por entero en manos de los filofascistas, o que se estabilizara siquiera la combinación de éstos con los republicanos "históricos", que Leroux presidía. La caída de tal gobierno y la disolución de su parlamento no se hizo esperar mucho más de un año.

Entretanto, como era previsible, prodújose el reajuste de la izquierda socialista a su tradicional parlamentarismo burgués. Pero esa vuelta al redil hubiese sido ya, para la revolución, más beneficiosa que perjudicial, de no haber hallado aval y refuerzo en la organización que usurpa el prestigio de la revolución rusa, el Partido comunista. Si éste había sido incapaz de desempeñar papel positivo alguno, debíase a que lo dirigían funcionarios de quita y pon, sin otra preocupación real que ganar los favores de Moscú, y eso en el momento mismo en que Moscú, habiendo hecho tabla rasa de la revolución de 1917, asesinaba metódicamente a los supervivientes de ella. En el área internacional, ese acontecimiento reaccionario entre todos los del siglo XX se manifestó imponiendo Moscú a todos sus partidos la única política que convenía en adelante al capitalismo de Estado stalinista: política de guerra imperialista, diametralmente opuesta a la política de revolución proletaria. Por eso el Frente Popular fue acogido con los brazos abiertos por reformistas, burgueses y toda suerte de patriotas.

La aviesa operación vino a sacar del atolladero a la izquierda socialista. Los "comunistas" se revelaban más burgueses y parlamentarios que ella. En su nuevo aspecto, más concordante con la realidad que su anterior máscara pseudo-revolucionaria, iban a desempeñar en España el mismo papel que Stalin en Rusia,

si bien el beneficiario inmediato de su obra sería Franco.

Pese al funesto augurio de la tramoya frentepopulista, las masas, henchidas de dinamismo y de su experiencia anterior, sólo en apariencia se dejaron encuadrar en el pacto enteramente capitalista del Frente Popular. Votaron las candidaturas de éste para desembarazarse de la situación existente y libertar a los 30.000 presos políticos, pero hicieron caso omiso del programa tan pronto pasaron a la acción. A seguidas de las elecciones de febrero de 1936, en todo el país se multiplicaron las agresiones a la propiedad capitalista y a sus fuerzas armadas, su defensa principal en momentos de crisis revolucionaria. Tan amenazante era la situación para la milenaria sociedad de los poseyentes, que la propia reacción filofascista se puso al amparo del Frente Popular como factor de orden.

Al mismo tiempo, las instituciones principales del capitalismo: ejército, policía, clero, alta burocracia estatal y judicial, se aprestaban, a cobijo de la legalidad frentepopulista, a imponer ellos mismos su orden a las masas. Consideraron llegado el momento oportuno en julio de 1936, si bien desde meses antes se burlaban del gobierno sin que éste se atreviese a levantarles la mano.

El 17 y el 18 de julio, el ejército salió a la calle creyendo dominar fácilmente la situación. Informado del principio de la militarada, el gobierno declaraba: "Se ha frustrado un nuevo intento insurreccional... El gobierno declara que el movimiento está circunscrito a determinadas ciudades de la zona del Protectorado, y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a este absurdo empeño".

Evidentemente, era más importante que la sublevación reaccionaria, para el gobierno, impedir que las masas corriesen a las armas y se enfrentasen por sí mismas a los militares. Respaldando ese imperativo de toda dirección política no revolucionaria, y para que nadie tuviese dudas sobre la unidad de criterio entre el Frente Popular y su gobierno, un comunicado conjunto de los partidos "comunista" y "socialista", añadía: "El gobierno manda, el Frente Popular obedece". Si ejército y clero no triunfaron inmediatamente, como ellos daban por descontado, no se debió ciertamente, al gobierno del Frente Popular.

En más de una ocasión, el proletariado había frustrado amagos de golpes de Estado, el último en febrero del mismo 36, ya firmado por el presidente de la República el decreto de proclamación del estado de guerra. Aunque reprimido duramente por el gobierno desde febrero a julio y atacado por bandas fascistas, su ardor combativo seguía intacto, y la militarada lo puso en trance insurreccional. La actitud conciliante y capituladora del Frente Popular había exasperado a tal punto al proletariado, que se disponían a la luchar armada no sólo las organizaciones mas al margen de la coalición, sino también la mayoría de los obreros encuadrados por socialistas y stalinistas. Inútilmente se colgó la Pasionaria a la estación emisora de radio tildando de provocadores a quienes acometían por sí mismos el combate armado contra los militares. Una tentativa de incorporar al gobierno algunos generales franquistas, desencadenó una explosión de las masas, que pasaron a la insurrección abierta, nulificando toda posibilidad de conciliación.

El 19 de Julio de 1936, el fragor del combate entre las masas trabajadoras y el ejército con sus curas y sus fascistas, retumbaba en todo el país. Y el ejército nacional, mortífera, suprema representación del Estado capitalista, fué derrotado y deshecho en batalla. Tan sólo quedó en pie en escasos sitios, donde los representantes gubernamentales consiguieron impedir que el proletariado cogiese un mínimo de armas. La fecha ha quedado inscrita entre las más ejemplares del proletariado mundial.

El 20 de julio de 1936, el lucero del alba rutilaba con resplandor nuevo. Fusil al hombro, el proletariado entraba en posesión de la economía y del poder político, nuncio de una nueva sociedad, sin clases ni opresión. Miles de Comités-Gobierno laboraban celularmente en la transformación revolucionaria.

Para impedirles completar su obra, se concitó la reacción mundial de Polo a Polo, por encima de rivalidades nacional-imperialistas. Una parte de ella apoyó directamente al ejército, mientras la otra incitaba el Frente Popular a reconstituir las fuerzas represivas del capitalismo desbaratadas por la insurrección proletaria. Las armas rusas vinieron a crear, antes que nada, una fuerza de policía a azuzar contra el proletariado, al mismo tiempo que el petróleo, vendido a Mussolini, abastecía aviones y tanques de Franco. Cuando el Frente Popular y su principal partido entonces, el de Moscú, se vieron más y mejor armados que las masas trabajadoras, emprendieron campaña por la reconciliación con generales y fascistas, para persuadir a los cuales lanzaron estas consignas: "Quienes expropián son ladrones; las milicias obreras son tribus de salvajes; quienes hablan de revolución socialista son provocadores", más otras por el estilo y aún peores.

En esa campaña, que al fin consiguió reconstituir el Estado capitalista, está la causa principal de la victoria de Franco. Más la reconstitución requirió el consentimiento, siquiera a regañadientes, del ~~anarcosindicalismo~~ <sup>del</sup> POUM.

Jamás ha habido en la historia de España ímpetu creador tan vasto y digno del Hombre como el que condujo al desbarate del ejército nacional y demás instituciones del capitalismo. León Trozky decía pocos meses antes de su asesinato por los mismos que entregaron el poder a Franco: "El proletariado español ha derrochado energía para hacer la revolución, no una sino varias veces, y para extenderla a Europa".

"Lo que le ha faltado, --comenté yo-- es percatarse de que los hombres de Moscú no representan ya la revolución de 1917, sino la contrarrevolución". Precizando más, tampoco le faltó eso, sino organización que se guiase por tal idea con plena consecuencia. En efecto, a partir de la sublevación de Cataluña (mayo 1937) contra el gobierno y sus reaccionarios inspiradores rusos y pro-rusos, decir stalinista o fascista era todo uno para obreros y revolucionarios.

Entre el 14 de abril de 1931 y el 19 de Julio de 1936, el decurso de los acontecimientos puede resumirse así: de un simple voto contra la monarquía a la revolución proletaria, de la candorosa inexperiencia a la consciencia de la necesidad histórica.

La caída del régimen inaugurará un nuevo ciclo revolucionario, ya en gestación en los movimientos huelguísticos. Otra vez, las masas tenderán fuertemente a tomar la dirección de poder y de economía, a emprender la revolución comunista. Pero se atraviesan de nuevo en su camino los mismos partidos de ayer, y se atravesarán otros de apariencia nueva. Los unos se esforzarán en imponer el capitalismo estatal apellidándolo democracia popular o socialismo, los otros un capitalismo frailuno pseudo-democrático. Ello no será obstáculo para que, caso de dominar éstos últimos, los primeros colaboren con ellos según el ejemplo italiano, y a la inversa según el ejemplo polaco. El Vaticano y su conclio se están encargando de facilitar esos arreglos.

Tanto y más que en el período de 1931-1937, la victoria de la revolución requiera la agrupación del proletariado en un partido radicalmente opuesto a aquellas tentativas y que haya sacado todas las conclusiones de la experiencia española y mundial. De tal partido, Fomento Obrero Revolucionario es ya un exponente teórico.

Mayo 1965

G. Munis

NOTA EXPLICATIVA: El anterior artículo, publicado en el número 7 de Alarma, cobra toda su actualidad en estos momentos, cuando desde Carrillo, Arias Navarro y Gil Robles, hasta algunos falanxistas y la iglesia como un sólo cura, buscan y rebuscan la manera de impedir que el proletariado irrumpa revolucionariamente en la escena política. Por eso volvemos a publicarlo.

ALARMA

## EN PORTUGAL

### ¿ QUÉ HACEN LOS REVOLUCIONARIOS?

Es superfluo comentar el aval dado por los partidos gubernamentales a los militares para supervisar la futura constitución y todas las decisiones de gobierno; no menos inútil comentar el resultado de las elecciones, sin ningún valor siquiera como comicio democrático-burgués. Seis palabras bastan para definir la situación: el ejército se arroga la dictadura. Y los partidos que desempeñan funciones de gobierno, o simplemente sindicales, son partícipes de la dictadura militar, sin que importe quien va a engañar a quien, ni cual camarilla eche en fin de cuentas la zarpa sobre el todo.

Para que eso ocurra, es preciso que antes el proletariado retroceda en lugar de avanzar por el camino de su lucha de clase. Signos de pugna en tal sentido no falta, y seguramente se producen más de los que llegan a conocimiento del exterior. Pero, ¿ donde están y que hacen los revolucionarios portugueses, por escasos que sean? Díjase que viven soterrados en la clandestinidad, cual en tiempos de Salazar. Habrá, sin duda, quienes aprueben esa actitud como prueba de sabiduría táctica. Nosotros la consideramos negativa y hasta suicida. Nunca ha habido en Portugal oportunidad mejor, posibilidades mayores para los explotados. Los revolucionarios tienen la obligación de clamar su pensamiento en las cuatro direcciones, legal o ilegalmente, pero siempre sin temor de hablar en público a los trabajadores. Es indispensable preparar una gran arremetida del proletariado contra el tinglado gubernamental, que se hará cada día mas oprimente. Si quienes tienen consciencia de ello se muestran incapaces de concertarse y salir a la plaza pública en reclamo de organización revolucionaria de la clase obrera, es que están lejos de ser ellos mismos revolucionarios.

#### TEXTOS DE FOUMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO

Llamamiento y exhorto a la nueva generación .....	2	francos
Pro SEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA (español y francés en uno)	10	"
Les sybdicats contre la revolution .....	8	"
JALONES DE DERROTA: PROMESA DE VICTORIA (España 1930-39).....	32	"
Parti-Etat, stalinisme, revolution (aparición inminente)		precio a fijar

Pedidos y pago; Mlle. Nicole Espagnol  
125, rue Caulaincourt  
75018 Paris - Francia